

de Memnón? La tierra es vasta y no termina en el Trastevere. Yo acompañaré á César, y á su regreso iré á visitar Chipre, siendo el deseo de mi diosa de la cabellera de oro ofrecer palomas á la Diosa en Pafos; y su deseo es para mí una orden.

— Yo soy tu esclava, dijo Eunica.

Petronio, dirigiéndose á Vinicio, continuó:

— Ven con nosotros á Chipre. Pero antes no te olvides de ir á saludar á César. Malo es que no lo hayas hecho ya; Tigelino podría aprovecharse para perjudicarte: no siente hacia ti particular aversión, pero no puede quererte bien siendo tú mi sobrino. Diremos que has estado enfermo. Debemos preparar una contestación por si César preguntase por Licia. Lo mejor será que le digas con aire de indiferencia que estás hastiado de ella. Dile además que la enfermedad te ha tenido encerrado en casa y que experimentaste un aumento de fiebre por el sentimiento que te causó no poder oír su canto en Nápoles. No temas las exageraciones; Tigelino inventará para César algo no sólo grande, sino gigantesco; temo que acabe por suplantarme.

— ¿Sabes, dijo Vinicio, que hay personas que no tienen miedo á César y que viven tranquilas como si él no existiese?

— Me figuro á quiénes te refieres... ¡los cristianos!

— ¡Esos precisamente! Y en cambio, ¿qué es nuestra vida sino un perpetuo temor?

— ¡Déjame en paz con tus cristianos! No temen á César porque él quizá nunca ha oído hablar de ellos. En último caso, los conoce y no se ocupa de ellos para nada. Te repito que los cristianos no son personas de significación. Tú mismo debes comprenderlo; si tu naturaleza se rebela contra su doctrina, esto ocurre solamente porque adivinas su escasa importancia. Tú eres de otro rango, querido mío. Así, pues, déjame en paz y procura tranquilizarte. Nosotros sabemos vivir y morir: lo que ellos sepan sobre lo que nosotros sabemos, lo ignoro por completo.

Estas palabras no dejaron de producir efecto sobre Vinicio. Volviendo á su casa pensaba que tal vez la bondad y el amor al prójimo de los cristianos podían ser una prueba de la inferioridad de su espíritu. Le parecía que personas inteligentes y valerosas no podían perdonar tan fácilmente. Creía descubrir en esto la causa de la aversión de su naturaleza romana contra su doctrina.

— Nosotros sabemos vivir y morir, había dicho Petronio. Ellos, en cambio, no saben más que perdonar, sin conocer el verdadero amor, ni el verdadero odio.

## XXX

Apenas llegado á Roma, César se arrepintió de haber regresado, y después de algunos días sintió renacer el deseo de visitar la Acaya. Promulgó un edicto para declarar que su ausencia no sería de larga duración y que no se interrumpiría el curso normal de los negocios públicos. En compañía de sus cortesanos, entre los cuales se hallaba Vinicio, estuvo en el Capitolio para implorar de los dioses con sacrificios un feliz viaje. Pero el segundo día, visitando el templo de Vesta, ocurrió un hecho que destruyó todos sus proyectos. Nerón, sin tener fe en los dioses, los temía, infundiéndole especial temor la misteriosa Vesta. La vista del templo y del fuego sagrado le aterrizó hasta el extremo de erizársele los cabellos: un frío intenso le serpenteó por las venas, y dando diente con diente cayó en brazos de Vinicio que estaba á su lado. En seguida fué sacado del templo. Llevado al palacio, volvió pronto en sí, pero en algunos días no pudo abandonar el lecho. Entre la admiración general, declaró que prorrogaba la partida por haberle recomendado la diosa evitar toda precipitación. Una hora después se esparció por toda Roma la noticia de que César, conmovido por las tristes miradas de los ciudadanos y animado por el amor paternal que sentía por ellos, había decidido quedarse en la ciudad para compartir su suerte y sus placeres. El pueblo se alegró de tal determinación, tanto más cuanto que con el anuncio se le garantizaban, por decirlo así, los juegos y la distribución de granos. Imponente muchedumbre se reunió frente al palacio prorrumpiendo en gritos de júbilo y ensalzando al divino César. Éste, que se hallaba jugando á los dados con los cortesanos, interrumpió la partida, diciendo:

— Sí, fué necesario prorrogar el viaje. El Egipto y el vaticinado predominio sobre Oriente no pueden escapárseme. Tampoco se perderá la Acaya. Haré cortar el istmo de Corinto y mandaré edificar en Egipto monumentos, á cuyo lado las pirámides parecerán juguetes. Haré construir una esfinge siete veces mayor que la que se encuentra en el desierto, cerca de Menfis, y tendrá mis rasgos fisonómicos. Los siglos venideros no hablarán más que de mí y de ese monumento.

— Con tus versos te has erigido ya uno, no siete, sino veinte veces más grande que las Pirámides, dijo Petronio.

— ¿Y con mi canto?

— ¡Ah, si los hombres acertasen á erigir una estatua como la de Memnón, que pudiese saludar la salida del sol con tu voz! Por todos los siglos venideros, los mares que circundan el Egipto estarían atestados de naves, y los pueblos de las tres partes de la tierra, olvidando toda otra cosa, prestarían oídos á tu canto.

— ¡Oh!, ¿quién acertará?, preguntó Nerón.

— Puedes ordenar que te esculpan en basalto, en actitud de montar sobre tu cuadriga.

- ¡Es verdad! ¡Lo haré!
- Será un regalo precioso para la humanidad.
- En Egipto me casaré con la luna, que ahora es viuda, y seré entonces un verdadero dios.
- Y á nosotros nos darás las estrellas; así podremos formar una nueva constelación, á la que daremos tu nombre. A Vitelio debes casarlo con el Nilo, para que engendre hipopótamos. Concede á Tigelino el desierto; será rey de los chacales.
- ¿Y á mí para qué me destinás?, preguntó Vatinio.
- ¡Apis te bendiga! Tú organizas festejos tan brillantes en Benevento, que no puedo desearte nada malo. Prepara un par de zapatos para la esfinge, á fin de que sus pies no se hielen con el rocío, y sandalias para los colosos que adornan los caminos frente á los templos. Todos encontrarán muy copiosa de ti esta ocupación. Domicio Afro será tesoro, pues conocida es su probidad. Me satisface, ¡oh César!, que vuelvas á soñar con el Egipto, porque la prórroga de tu viaje me había puesto de mal humor.
- Tus ojos mortales no vieron nada, porque la divinidad se hace invisible cuando quiere, dijo Nerón. Has de saber que cuando estuve en el templo de Vesta, se me acercó la diosa y murmuró á mi oído: «¡Aplaza el viaje!» Este inesperado aviso me atemorizó; pero he comprendido que debo gratitud á los dioses por los cuidados que me prodigan.
- Todos nos asustamos, dijo Tigelino; y la vestal Rubria perdió el sentido.
- Rubria, dijo Nerón, tiene el cuello blanco como la nieve.
- Pero enrojeció al ver al divino César.
- También lo noté yo. Es muy raro: en toda vestal hay algo divino, y Rubria es muy hermosa. Decídmelo, prosiguió, después de reflexionar breves momentos, ¿por qué los hombres temen á Vesta más que á las otras divinidades? ¿Qué significa esto? Aunque soy un gran sacerdote, fui asaltado por el terror. Recuerdo solamente haberme sentido desfallecer, y sin duda hubiera caído en tierra á no haberme sostenido alguien. ¿Quién fué?
- ¡Yo!, respondió Vinicio.
- ¡Ah, tú, severo Marte! ¿Por qué no fuiste á Benevento? Se me dijo que estabas enfermo... y, en efecto, te encuentro muy cambiado. Oí que Crotón quería matarte; ¿es verdad?
- Es verdad; me rompió un brazo, pero yo me defendí.
- ¿Con un brazo roto?
- Me ayudó un bárbaro más fuerte que Crotón.
- Nerón miró á Vinicio con sorpresa.
- ¿Más fuerte que Crotón? ¡Te burlas! Crotón era el más fuerte de los hombres, y ahora lo es Siface, el etíope.
- Yo te refiero, César, lo que vi por mis propios ojos.
- ¿Dónde está esa perla? ¿No es aún rey de los Nemeos?
- ¡Lo ignoro, César! Le perdí de vista.
- ¿Y no sabes siquiera á qué raza pertenece?
- Preocupado con el brazo roto, no se me ocurrió preguntarle nada.
- ¡Búscalo y traémelo!
- También me ocuparé yo en ello, dijo Tigelino.
- Nerón prosiguió:
- Te agradezco, Vinicio, tu apoyo; sin tí me hubiera estrellado la cabeza contra el suelo. Tú, en otro tiempo, fuiste un hombre sociable; pero después de tu campaña al servicio de Corbulón, te has vuelto un poco hurraño. Te veo rara vez...

¿Y qué es de aquella muchacha, preguntó al poco rato Nerón, cuyo amor te había enloquecido y que hice sacar de casa de Aulo para dártela?

Vinicio quedó confuso, pero Petronio corrió en su auxilio, diciendo:

- Creo, señor, que la ha olvidado. ¿Ves su turbación? Pregúntale el número de las que le han ocupado durante este tiempo y le harás enmudecer. Los Vinicios son buenos soldados, pero aún mejores conquistadores. Castígale, señor, y no le invites al banquete que Tigelino está organizando en tu honor sobre el lago de Agripa.

- ¡No! Estoy seguro de que Tigelino no hará escasear las mujeres hermosas.

- ¿Podrán faltar las Gracias donde está el Amor?, respondió Tigelino.

- El aburrimiento me mata, dijo Nerón. Por voluntad de los dioses me he quedado en Roma; pero no puedo sufrir la ciudad. Marcharé á Anzio, porque aquí, entre estas callejas estrechas y estas casas antiguas y altas como torres, parece que me sofoco. El aire infecto penetra hasta en mis jardines y en mi palacio. ¡Ah! ¡Si un terremoto destruyera toda Roma, si un dios airado quisiera derrumbarla, yo enseñaría cómo se debe construir una ciudad destinada á ser mi residencia y el centro de todo el mundo!

- César, preguntó Tigelino, ¿no dijiste «si un dios airado quisiera derrumbarla?»

- Sí...

- Pero ¿no eres tú mismo un dios?

Nerón hizo un signo indefinido con la mano, y luego prosiguió:

- Juzgaremos tu obra en el estanco de Agripa. Después me voy á Anzio. Todos vosotros tenéis ideas limitadas y no podéis comprender mis aspiraciones.

Cerró los ojos para indicar que necesitaba descanso, y todos los circunstantes se retiraron.

Petronio, vuelto á Vinicio, dijo:

- Estás, pues, invitado á tomar parte en la excursión. *Enobarbo* ha renunciado al viaje; pero esto, ¿qué significa? Se ha establecido en la ciudad como en casa propia. Tú debes intentar también buscar placer y olvido en esas locuras. ¡Hemos luchado y vencido; tenemos derecho á gozar! Tú, Marco, eres un excelente y hermoso joven, y á esta circunstancia atribuyo la debilidad que tengo por tí. ¡Por Diana de Éfeso! ¡Si pudieses ver tus espléndidas cejas y tu noble rostro en el que se observan los rasgos de los antiguos Quírites! A tu lado los demás parecen libertos. Verdaderamente, si no fuese por aquella estulta religión, Licia estaría hoy en tu casa; demuéstrame ahora que los cristianos no son enemigos de la humanidad. Se han portado bien contigo y debes quedarles agradecido; pero yo, en tu lugar, odiaría aquella religión y buscaría en otra parte la satisfacción de mis deseos. Te lo repito: tú eres un guapo muchacho y Roma está llena de mujeres divorciadas.

- ¡Me sorprende tu tranquilidad!

- ¿Quién te asegura que yo estoy tranquilo? Yo sufro siempre; pero no tengo tu edad. Además, me preocupo por cosas que para tí no tienen significado alguno. Yo amo los libros, que te son indiferentes; amo la poesía, que te fastidia; amo los objetos artísticos, las piedras preciosas y muchas otras cosas de que tú no te cuidas, y, finalmente, he encontrado á Eunica, que tú buscarías en vano. Yo me encuentro muy bien en mi casa entre los objetos de arte; pero tú nunca serás un hombre de gustos estéticos. Estoy plenamente persuadido de que la vida jamás podrá ofrecerme nada mejor de lo que hasta ahora he tenido. Tú, en cambio, no piensas así, y sigues esperando y buscando. Cuando se te aproxime la muerte, á pesar de tu valor y de tus sufrimientos, no podrás menos de sorprenderte al ver que tienes que abandonar la tierra. Yo, por el contrario, aceptaré la muerte como

una necesidad, con la convicción de que la vida no habría de ofrecerme ningún placer nuevo. No me apresuro ni me detengo; procuraré, sin embargo, estar alegre hasta el fin. En el mundo hay escépticos de buen humor. Para mí los estoicos están locos; pero, al menos, el estoicismo templará a los hombres, mientras tus cristianos llevan rodando por el mundo la tristeza, que es para la vida lo que la lluvia para la naturaleza. ¿Sabes qué he averiguado? Durante las fiestas preparadas por Tigelino sobre el estanque de Agripa, mujeres de las principales familias de Roma se permitirán las más amplias libertades. ¿No podrá encontrarse allí alguna belleza capaz de consolarte? Habrá muchachas que harán su entrada en sociedad..., como ninfas. ¡Esto es lo que se hace en la casa de César! El aire es templado, los céfros del mediodía calientan el agua sin encresparla; y tú, Narciso, has de saber que ninguna te resistirá, ninguna, aunque se trate de una virgen vestal.

Vinicio, con la frente apoyada en la mano, parecía seguir el curso de sus propios pensamientos.

— Debería tener una fortuna especial para poder encontrarla.

— ¿Y de quién es la culpa sino de los cristianos? Gente que tiene por emblema la cruz no puede ser de otra manera. ¡Escúchame! La Grecia creó la belleza y la sabiduría; nosotros producimos la fuerza, y esta doctrina ¿con qué puede enriquecer tu pensamiento? Si lo sabes, explícate, porque, ¡por Pólux!, yo no llevo a comprenderlo.

— ¡Temes que al fin me haga cristiano!, dijo Vinicio.

— Temo que tú mismo te inutilices. Si no puedes ser un griego, procura ser un romano. ¡Alégrate y goza! Nuestras locuras comunes tienen cierto significado; hacen que el pensamiento se interese por todo lo individual. Yo desprecio a *Enobarbo* porque es un bufón griego. Si se considerase romano, le reconocería el derecho de permitirse esas locuras. Prométeme que si encuentras en la calle a un cristiano le enseñarás la lengua. Si fuese Glauco, como es médico, no se sorprendería... ¡Quedamos en que volveremos a vernos en el estanque de Agripa!

## XXXI

Los pretorianos circundaban los bosqueillos junto al estanque de Agripa á fin de que el número excesivo de espectadores no importunase á César y á sus invitados.

Todo cuanto en Roma se distinguía por riqueza, por hermosura ó por ingenio se había citado para esta fiesta, única en la historia de la Ciudad Eterna. Tigelino quería compensar á Nerón de su fracasado viaje á Grecia, superar á cuantos habían obsequiado al emperador anteriormente y demostrar que nadie organizaba una fiesta mejor que él. Para tal objeto había empezado sus preparativos en Nápoles, continuándolos en Benevento, mandando traer de los más remotos países animales selváticos, pájaros y peces raros, plantas, vasos y trajes, para aumentar el esplendor de la fiesta. Las rentas de provincias enteras fueron agotadas para llevar á cabo proyectos al parecer irrealizables. Pero no se preocupaba por ello el poderoso cortesano, viendo que su influencia aumentaba de día en día. No era que Nerón le prefiriese á otros, sino que él sabía hacerse indispensable. Petronio le superaba en ingenio y argucia, sabía mejor que él hacer agradable una conversación; por su desgracia aventajaba á César en el arte de agradar, y con esto suscitaba la envidia. Además no era instrumento muy dócil, y César temía su opinión en las cuestiones de gusto. Tigelino, en cambio, no le causaba en este punto ninguna desazón: el título de *arbiter elegantiarum* atribuido á Petronio ofendía la delicadeza de Nerón, porque ¿á quién sino á él correspondía ese título? Tigelino era bastante astuto para comprender su inferioridad. No pudiendo medirse con Petronio, con Lucano y con otros personajes eminentes por nacimiento, por ingenio ó por saber, procuraba hacerse indispensable por medio de cierta flexibilidad servil y desplegando un lujo cuyo esplendor debía sorprender al mismo Nerón. Había decidido dar el banquete sobre una balsa ó armadía formada de doradas vigas. Los cantos de esta armadía estaban adornados con conchas procedentes del mar Rojo y del Océano Índico y en las cuales se reflejaban todos los colores del arco iris. Sobre las orillas del estanque estaban esparcidos en artístico desorden grupos de palmas y césped con rosas; entre diminutos sotos de barro se ocultaban fuentes de agua olorosa, se elevaban estatuas de divinidades y había pajareras de oro y plata en cuyo interior saltaban pájaros de variado y brillante plumaje. En el centro de la armadía se levantaba un gigantesco pabellón de tela purpúrea de Siria, colocado sobre columnitas de plata y elevado para dejar libre la vista. Debajo se hallaban las mesas para los invitados, llenas de cristales alejandrinos, de copas y vasos, cuyo esplendor deslumbraba y cuyo precio era inestimable: todos eran tesoros procedentes de Italia, de Grecia y del Asia Menor.

Por los múltiples arbustos y plantas con que estaba adornada, la armadía presentaba el aspecto de una isla ó de un jardín flotante. Amarradas á ella por medio